

ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.
Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos. Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.
Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

TEXTO

MATEO 28,11-20

«¹¹Mientras [las mujeres] iban, he aquí que **algunos de la guardia**, yendo a la ciudad, anunciaron a **los sumos sacerdotes** todo lo sucedido.

¹²Y, reuniéndose con **los ancianos**, tomando un dinero considerable, lo dieron a **los soldados**, ¹³diciendo: “Decid que **sus discípulos**, yendo de noche, robaron [el cuerpo] estando vosotros dormidos. ¹⁴Y si esto llega a oídos **del gobernador**, nosotros [lo] convenceremos y os sacaremos de apuros”.

¹⁵Pero ellos, tomando el dinero, hicieron como habían sido instruidos. Por eso corre esta versión entre judíos hasta hoy.

¹⁶Pero **los once discípulos** fueron a Galilea, al monte al que les había mandado **Jesús** ¹⁷y, al verle, se postraron, pero algunos dudaron.

¹⁸Y, acercándose, **Jesús** les habló diciendo: “Me ha sido dada **toda** autoridad en el cielo y sobre la tierra. ¹⁹Así que, *yendo, haced discípulos a **todos** los pueblos, bautizándolos* en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo, ²⁰y *enseñándoles a guardar **todo** lo que os he mandado. Y he aquí que **yo** estoy con vosotros **todos** los días hasta el fin del mundo”».*

ESTRUCTURA

PRIMERA UNIDAD (28,11-15)

En el mosaico de las escenas contrapuestas que componen la historia mateana de pascua, sigue otra sección que narra una maniobra de los dirigentes judíos. Guarda estrecha relación con 27,62-66, no solo por los actores principales, los sumos sacerdotes, y sus instrumentos, los soldados de la guardia (27,65-66; 28,11), sino sobre todo porque los sumos sacerdotes en el v. 13 recurren de nuevo sorprendentemente, como parte de su estrategia, al temor que manifestaron en 27,64 sobre la posibilidad del robo del cadáver de Jesús por los discípulos. A diferencia de esta afinidad tan estrecha con la sección anterior, no hay contactos con la siguiente sección final, salvo el verbo «enseñar, instruir», que aflora de nuevo en el v. 20. El breve relato aparece **focalizado totalmente** hacia los dirigentes judíos como personajes principales: su discurso directo en los vv. 13-14 ocupa el centro. En el v. 15b finaliza la narración dirigiendo una mirada al tiempo presente del narrador.

SEGUNDA UNIDAD (28,16-20)

Esta breve historia aparece determinada por un dicho extenso de Jesús. El dicho comienza en el v. 18b y abarca dos tercios de todo el texto. La sección final del evangelio es, pues, un dicho de Jesús con una amplia introducción. Mateo concluye su libro con un «manifiesto» del Resucitado. La introducción (vv. 16-17) se formula desde la perspectiva de los discípulos, y comprende la indicación situacional (v. 16) y la respuesta de los discípulos a la aparición de Jesús (v. 17). Con el v. 18 cambia la perspectiva. Jesús está en el centro. El dicho de Jesús consta de tres partes. La primera es una sentencia de autoridad (v. 18b). Sigue un mandato de misión (vv. 19b-20a). La tercera parte del dicho es una promesa (v. 20b). El texto aparece estructurado en una acumulación retóricamente eficaz de expresiones con el adjetivo **todo**. Viene a ser una declaración general de principios del Resucitado.

ELEMENTOS A DESTACAR

PRIMERA UNIDAD (28,11-15)

- El narrador vuelve a ocuparse de los adversarios de Jesús. Coincidiendo con el regreso de las mujeres, algunos soldados de la guardia marchan a la ciudad para hablar con los sumos sacerdotes. La simultaneidad de ambos sucesos pone de relieve su antagonismo: mientras las mujeres cumplen el mandato del ángel y de Jesús «notificando» su mensaje a los discípulos, los guardias «notifican» lo sucedido a sus «jefes». Que los soldados romanos no acudan a Pilato sino a los sumos sacerdotes no es extraño para los lectores, pues el procurador ya había puesto la guardia a su disposición. Los lectores tienen claro sin duda, por la historia de la pasión, que son los sumos sacerdotes y no Pilato, los verdaderos agentes del mal. ¿Qué les evocará la expresión «todo lo sucedido»? No la resurrección de Jesús, desde luego, pues mientras el ángel hablaba, los guardias yacían «como muertos» (v. 4). Los guardias contarían, presumiblemente, cómo bajó el ángel del cielo, corrió la losa y se sentó sobre ella (v. 2), el aspecto que tenía y el sepulcro vacío (v. 3). La resurrección de Jesús no es constatable en sí, según Mateo; lo constatable es su consecuencia: el sepulcro vacío y la llegada del ángel que señala a los humanos de modo milagroso la resurrección acontecida.
- Los sumos sacerdotes se reúnen inmediatamente con los ancianos. La formulación hace recordar 26,3.57; en lugar de los fariseos (27,62), ahora están presentes los ancianos. Los conocidos adversarios de Jesús siguen actuando, pues, «oficialmente». Saben ahora que el sepulcro está vacío, y tampoco parecen dudar que lo referido por los guardias se corresponda con los hechos. Pero ni siquiera la intervención de un ángel de Dios hace que cambien de actitud. Ahora han recibido, sin previa petición, la «señal del cielo» que reclamaban en 16,1. A lo único que se ven forzados es a tomar unas contramedidas tácticas: adoptan una resolución destinada a neutralizar los efectos peligrosos de lo sucedido. Los lectores del evangelio de Mateo saben perfectamente que tales resoluciones buscan siempre el mal (cf. 26,4; 27,1). Los dirigentes judíos dan a los soldados dinero suficiente para el soborno. El dinero fue siempre un instrumento de su perversa estrategia; lo saben los lectores por la historia de Judas (26,15). Pero eso que los dirigentes judíos exigen a los guardias por su dinero significa una maniobra desesperada: los guardias deben ahora dar por hecho lo que los propios dirigentes judíos habían temido según 27,64, y que intentaron evitar con ayuda de la guardia: el robo nocturno del cadáver por los discípulos, para explicar así el sepulcro vacío. Que los soldados tengan además que culpabilizarse por haberse dormido en la guardia, es ya el colmo.
- El v. 14 sirve para «certificar» tal exceso. ¿Dirían en público unos soldados romanos que se habían dormido durante la guardia? ¡Temían demasiado a su comandante romano! Los dirigentes judíos se percatan en el relato de que esto puede ser un punto débil de su intriga. Si les supone un proceso a los soldados, ellos se encargarán de «convencer» a Pilato. Los dirigentes judíos ya habían demostrado poco antes su «capacidad persuasiva» cuando lograron movilizar al pueblo para exigir ante Pilato la crucifixión de Jesús (27,20). El gobernador Pilato se dejó degradar hasta convertirse en comparsa impotente. Por eso resulta creíble para los lectores la aseveración de los dirigentes judíos sobre la posibilidad de arreglar el asunto con Pilato. Los soldados, en todo caso, se dan por satisfechos con esa explicación, toman el dinero y ejecutan dócilmente la orden de sus «maestros». Mateo quizá da a entender aquí, con toda intención que los lectores deben estar atentos y pensar que ¡los «maestros» de la mentira son los dirigentes judíos!
- Mateo pone fin al episodio con una mirada a su propio presente: «Por eso corre esta versión entre judíos hasta hoy». Los lectores judeocristianos de Mateo lo saben demasiado bien, naturalmente; el evangelista no les explica nada nuevo.

SEGUNDA UNIDAD (28,16-20)

- Los once discípulos marchan a Galilea siguiendo la indicación de las mujeres. Sabemos además que van «al monte», conforme al mandato de Jesús. «Galilea» o «el monte» desatan una serie de asociaciones en los lectores. Galilea es la tierra donde Jesús enseñaba y curaba a su pueblo (4,23-25). Allí encontró un eco amplio y positivo. Los discípulos mismos proceden de allí (4,18). En Galilea surgió la comunidad de los discípulos, Iglesia de Jesús (16,13.18). A Galilea había ido Jesús ya de niño, huyendo del malvado soberano judío (2,22), y allí se retiró de nuevo por temor a Herodes Antipas (4,12). Ahora se repite aquello: el Jesús crucificado en la ciudad santa de Israel, Jerusalén, ordena a sus discípulos, una vez más, ir a Galilea (28,10; cf. 26,32). Galilea es, pues, tierra de refugio; contrasta con Jerusalén y ofrece protección frente a los dirigentes judíos. En su cita de cumplimiento 4,15, el evangelista calificaba a Galilea, con palabras de Isaías, como «Galilea de los paganos», en contraposición a Belén, situada en tierra de Judá (2,6). Mateo había insinuado de ese modo algo del futuro, más allá del tiempo de Jesús, en el relato que transparentaba el presente. El v. 19 desarrollará esta idea.
«El monte» evocará también a los lectores no un determinado monte en sentido geográfico, sino «el» monte conocido por el evangelio. Pero ¿cuál? Eso queda aún abierto. La continuación del texto reforzará ciertas posibilidades de asociación y descartará otras. Tres asociaciones pasarán a primer plano: la primera es la del monte de la tercera tentación, donde el diablo ofreció a Jesús el dominio universal: «¡Todo esto te daré!» (4,8-9). Ahora «le ha sido dada» a Jesús «toda autoridad» en el cielo y en la tierra (v. 18b); pero no se lo ha dado el diablo sino Dios. La segunda asociación es la del monte de las bienaventuranzas (5,1; 8,1). Esta asociación se refuerza con el v. 20a: «enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado». Este monte fue el lugar sobresaliente de la enseñanza de Jesús (5,2; 7,28-29). Fue un segundo Sinaí y, sobre todo, el lugar donde aquel que «enseñaba con autoridad» (7,29) sobrepasó ampliamente las palabras del primer Moisés con su «pero yo os digo». La tercera asociación, en fin, es la del monte de la transfiguración (17,1-9). También allí se les presentó Jesús en su gloria celestial (17,7) y libró de la angustia a los tres discípulos, que habían reaccionado a la manifestación del Glorificado con algo más que dudas (17,6). No es posible decidir entre estas tres posibilidades de asociación; solo cabe indicar que en 28,16-20 se acumulan especialmente los recuerdos del prólogo y de la primera parte del evangelio.
- La aparición de Jesús solo es aludida, y de forma extremadamente lacónica, con el simple participio mateano «viendo». No le interesan los detalles al narrador. Nada sabemos por tanto, de la figura en que se apareció Jesús a los discípulos, ni si la aparición vino del cielo. Es más importante la reacción de los discípulos. Le «rinden homenaje». El rendir homenaje, la «proskynesis», es la actitud correcta ante los señores. Tratándose de Jesús, esta actitud incluye la adoración. Pero la actitud de los discípulos es dispar, como la de las mujeres en el v. 8: «pero algunos dudaron». En la «adoración» se infiltran las «dudas». También en el pasaje paralelo 14,31-33 estaban «repartidos» los papeles: Jesús dijo a Pedro, el discípulo típico que temía ahogarse en el lago y pidió auxilio a su Señor: «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?». En la barca, una vez apaciguada la tempestad, los discípulos «rinden homenaje» al Señor divino. En aquel pasaje se manifiesta la ambivalencia con la expresión «poca fe». La ambivalencia de los discípulos en el v. 17 pertenece al esquema mateano de la «poca fe». La fe de los discípulos no es, en Mateo, una certeza por encima de todo vaivén, sino que se mueve entre la confianza y el desaliento, entre certeza y duda. La persona «de poca fe» recurre una y otra vez al Señor. Jesús no remedia la «poca fe» una vez por todas, con un milagro, por ejemplo; la poca fe reaparece constantemente. Mateo renuncia aquí incluso a presentar a Jesús deshaciendo la duda pusilánime de sus discípulos con un gesto de bendición o invitándolos a tocarle, como ocurre en muchos relatos de apariciones. Jesús deja de lado la perplejidad de sus discípulos y va directamente al anuncio.
- Jesús se acerca ahora a los discípulos. Anuncia a los discípulos que ha recibido todo poder en el cielo y en la tierra, esto es, sobre toda la creación. El Resucitado no dice con ello nada nuevo a las lectoras y lectores; simplemente les hace recordar la fe pascual: con su resurrección, Jesús ha sido exaltado y

constituido soberano del universo. Para todo el cristianismo primitivo es un axioma que todas las potencias están sometidas a Jesús exaltado (Rom 1,4; Flp 2,9-11; Col 1,18-20; Ef 1,20-22; 1Pe 3,22; Heb 1,3-4). Gracias a la resurrección de Jesús, por tanto, el universo experimentó una transformación total. Su lectura anterior del evangelio de Mateo añade nuevos contornos a la fe de los lectores en Jesús resucitado, soberano del mundo: leen el v. 18b a la luz del relato previo de la pasión: el Jesús que hace poco era maltratado, vilipendiado y abandonado por Dios en la cruz, ahora es resucitado y constituido por Dios soberano del mundo. Recuerdan que Jesús habló muchas veces de su pasión inminente, de su resurrección y del plan de Dios con el Hijo del hombre. Anunció a los dirigentes judíos hostiles, en 26,64, la exaltación del Hijo del hombre a la derecha de Dios, también allí con palabras bíblicas (Sal 110,1 y Dn 7,13-14).

Sobre todo, los lectores seguramente prestan especial atención a la palabra «*exousia*» (poder, autoridad), y recuerdan algunos pasajes que han leído u oído sobre Jesús: su sermón de la montaña fue una enseñanza «con autoridad» (7,29). Dios le dio «autoridad» -a él y, a través de él, también a la comunidad- para perdonar pecados (9,6.8). La «autoridad» de Jesús fue algo tan llamativo para los extraños que, al comienzo de toda una serie de conflictos en Jerusalén, fue interrogado acerca de ella (21,23-27). Quizá los lectores recuerdan asimismo que Jesús dio también «autoridad» para expulsar demonios y curar enfermos (10,1), que no era sino la autoridad que él ejerció a menudo como Mesías sanador de su pueblo (caps. 8-9). Y lo que es más, «le fue entregado todo» por el Padre, la plenitud de conocimiento del Padre, que él, el Hijo, revela a los elegidos (11,27). Con todos estos recuerdos en la memoria, oyen ahora: «Me ha sido dada toda autoridad en el cielo y sobre la tierra». Todo lo que se hizo ya visible en vida de Jesús, pero limitadamente y no sin discusiones, todo eso es compendiado, ampliado y absolutizado ahora por medio de la resurrección. Todo el poder del universo reside ahora en Jesús resucitado: ninguna otra autoridad cuenta ya nada al lado de la suya. No se pone ningún límite a esa autoridad. Ahora, después de pascua, queda patente dónde se apoya la tercera petición del padrenuestro: la posibilidad de que «se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo» estriba en que a Cristo se le dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Se proclama así una desorbitada pretensión, y eso en medio de un mundo donde la voluntad de Dios se incumple con demasiada frecuencia, porque la experiencia enseña que el mundo está regido por unos poderes muy diferentes y en modo alguno se ha modificado notoriamente con la resurrección de Jesús.

- El poder sobre toda la creación que fue traspasado a Jesús es el fundamento para el mandato que viene a continuación. Queda dicho así algo muy importante sobre la «autoridad» otorgada a Cristo: su instrumento son los discípulos o, más exactamente, la predicación de estos. Es por tanto una autoridad que no se parece a la de los «príncipes de los paganos» y sus «grandes», sino que es propia del Hijo del hombre, que «vino... a servir» (20,25-28). No se trata, pues, de una autoridad como la que «tienen, ejercen y degradan los humanos», sino de una «autoridad que, en lugar de dominar, libera y por eso está expuesta a la sospecha de impotencia». Esto será importante para el concepto de misión que se desprende de la perspectiva de Mt 28,18b-20. El participio griego traducido por «yendo» introduce el mandato. Aparece con frecuencia en Mateo como fórmula; pero en la mayoría de los pasajes no es irrelevante, y tampoco aquí, porque significa ir físicamente a otro lugar.

El verbo «hacer discípulos» figura, dentro del NT, casi exclusivamente en Mateo. «Haced discípulos» se corresponde con la palabra eclesiológica fundamental «discípulo», que refleja aquel momento histórico. «Discípulos» no son únicamente los Doce del Jesús terreno; el discipulado de Jesús se da allí donde su autoridad actúa entre las personas (v. 18b; cf. 9,8; 10,1) y se guardan sus preceptos (v. 20a). De ahí que el mandato misional del Resucitado sea asimismo transparente a cualquier momento histórico: no va dirigido solamente a los once apóstoles en el inicio de la historia de la Iglesia; los apóstoles son personajes de identificación para todos los discípulos de Jesús en todos los tiempos: estos discípulos se encuentran igualmente comprometidos con el mandato del Resucitado. Mateo cree realmente que la Iglesia es misionera por principio y fundamento, y concibe su misión muy concretamente como un «ir» a todos los pueblos. El hecho de que muchos cristianos e iglesias de hoy ya no pueden, sin crítica, hacer de

este texto la carta magna de su anuncio misionero, tiene unas razones que están fuera del texto bíblico. Los discípulos son enviados a «todas las naciones». Habría que distinguir entre el significado fundamental del mandato de misión y su aplicación por parte de la comunidad mateana. El mandato misional del Señor de cielo y tierra, es decir, del mundo entero, tiene un sentido universal en principio y vale para todos los pueblos. No excluye expresamente otra misión en Israel, pero Mateo no hace concebir ya grandes esperanzas al respecto; así lo indican 22,8-10; 23,39-24,2; y 28,15. Para él y sus comunidades, la división de Israel en una mayoría hostil a Jesús y una minoría de discípulas y discípulos de Jesús es definitiva. Estos no viven ya, al menos desde la Guerra Judía, en tierra de Israel, sino en la Siria pagana. Su tarea es allí, bajo el signo del mandato de misión universal del Resucitado, el anuncio de los preceptos de Cristo a los paganos.

- El mandato de «hacer discípulos a todos los pueblos» significa, en primer lugar, el mandato bautismal. Como el bautismo es la señal común a todos los cristianos y cristianas, el mandato bautismal significa una profesión de fe sobre la Iglesia global: hacerse discípulo significa pertenecer a la Iglesia global mediante el bautismo. No es fácil saber lo que le mueve a mencionarlo aquí. Los nuevos discípulos, al bautizarse, siguen sin duda el ejemplo de Jesús, que también se hizo bautizar (3,13-17). Como él «cumplió toda justicia» al bautizarse, también ellos se dejan guiar por él hacia el camino de la justicia. Como en el bautismo de Jesús resonó desde el cielo la voz de Padre, y el espíritu de Dios descendió hasta Jesús (3,16-17), los lectores pueden lanzar fácilmente un puente mental hasta el bautismo en el triple nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu, que probablemente es costumbre en la Iglesia siria. Para Mateo, el bautismo lleva asociada sin duda la promesa del perdón de los pecados. La invocación del triple nombre se difundió probablemente a partir de la conjunción de Padre, Hijo y Espíritu, documentable ya en Pablo y corriente en la liturgia. Esa invocación era algo obvio en el bautismo sobre todo de paganas y paganos, que no solo recibían la fe en Cristo sino también en Dios, y para los cuales el bautismo llevaba consigo la experiencia de la infusión del Espíritu.
- La segunda aclaración del imperativo de v. 19a con la frase «enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» de v. 20a, nos lleva al núcleo del concepto mateano de Iglesia. La aclaración tiene un triple aspecto: a) cristológico, b) eclesiológico y c) ético. a) Los once discípulos no son invitados a anunciar el «evangelio» ni «la penitencia para el perdón de los pecados» (Lc 24,47). Ellos no van a ser «testigos de la resurrección» (Hch 1,22), ni van a proclamar, como Pablo, la soberanía del Señor sobre el mundo entero. Deben «enseñar lo que os he mandado». La «enseñanza» encomendada no es, pues, otra cosa que la enseñanza de Jesús. Lo importante en la predicación de los discípulos es que la causa o asunto de Jesús continúe. O, por decirlo en otra fórmula mateana, el evangelio es para él «evangelio **del Reino**»: nada más que el anuncio o predicación que hizo Jesús. No hay en Mateo ningún Paráclito que sustituya a Jesús y «vaya guiando» a los discípulos «a la verdad completa» (Jn 16,13); Mateo asocia el anuncio de la Iglesia, siempre y exclusivamente, al anuncio de Jesús. Este no fue solo entonces el «único maestro» de la Iglesia, sino que lo es siempre (23,8). Su anuncio hace inequívoco el anuncio de la Iglesia. b) La «enseñanza» no se menciona antes del bautismo, como cabría esperar si se tratase simplemente de la instrucción eclesial sobre el bautismo. «Enseñar» los preceptos de Jesús es de importancia capital para el concepto mateano de Iglesia. La Iglesia es para Mateo «escuela» de Jesús, ¡algo muy judío! Mateo concibe la Iglesia como una comunión de las discípulas y discípulos de Jesús, que después del bautismo siguen yendo a la «escuela» y, a ejemplo de Jesús, observan sus preceptos. De ahí la gran importancia de los cinco discursos de Jesús en el libro de Mateo. Contienen el «evangelio del Reino» válido para el presente. c) El contenido de la enseñanza se define con la fórmula «guardar los preceptos». Se trata, pues, de una iniciación en la praxis. Ya la enseñanza de Jesús en el monte (Mt 5-7) se nos había mostrado con una orientación ética de principio a fin. En el discurso a los discípulos (Mt 10) se hablaba de la tarea y forma de vida de estos; y en el discurso sobre la comunión, de su conducta recíproca. Mateo ve la Iglesia como familia de Jesús que hace la voluntad del Padre y está bajo la bendición de Jesús (12,46-50; cf. 7,21-27). El v. 20a aparece formulado en lenguaje bíblico; pero no se trata aquí

primordialmente, como en la Biblia, de la observancia de la Ley o Torá, sino de todo lo que Jesús mandó a los discípulos, y ahí queda incluida la Torá (cf. 5,17-19). **Todo** viene a recordar que la voluntad de Dios no consiste, como en Juan, en **un** precepto, el nuevo precepto del amor, sino en muchos preceptos, que encuentran desde luego su culminación en el precepto del amor. El tema del anuncio misionero de los discípulos no es, por tanto, la conversión, sino la praxis de los discípulos ganados para Jesús. Por eso la «enseñanza» de los discípulos va acompañada de las buenas obras, de suerte que «brille vuestra luz delante de los hombres», para que vean «vuestras buenas obras» y así «glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (5,16).

- Al final de la proclamación de Jesús está la promesa de su presencia en la comunidad. Hace referencia a 1,23, donde Mateo introduce a Jesús, con una cita de cumplimiento, como el «Enmanuel», el Dios presente en su pueblo. La promesa remite además, más allá de 1,23, al Dios de la Biblia, que desde la historia de los patriarcas hasta los libros de Crónicas acompaña a su pueblo en una presencia constante y activa. Este «estar» Dios «con-nosotros» en Jesús, el Enmanuel, ha sido la tónica que resuena en todo el evangelio (9,15; 17,17; 18,20), con especial intensidad en la historia de la pasión (cf. 26,11.18.20.23.29.36.38.40.51.69.71). El evangelista narra asiduamente historias que tratan de la presencia auxiliadora de Jesús entre sus discípulos (p. ej. 8,23-27; 14,13-21.22-33; 15,29-39; 17,1-8; 26,26-29). Su promesa de estar presente entre las discípulas y discípulos hasta el fin del mundo remite, pues, de nuevo a la historia del Jesús terreno. En las experiencias de los discípulos con el Jesús terreno, la comunidad reconoce sus propias experiencias con el Resucitado. Y a la inversa, la comunidad puede conocer, a través de las historias sobre el «Dios-con-nosotros» terreno, lo que esa promesa al final del evangelio significa para ellos. Él mismo está presente en su comunidad. Eso explica también que en este último texto del evangelio no predomine ningún título cristológico, ni «Hijo del hombre» ni «Señor», como parecía invitar el v. 18b, ni «Hijo de Dios», que la fórmula del bautismo hace recordar de paso. Es Jesús mismo el sujeto introducido en el v. 18 y que determina el texto hasta el final. Con esta promesa concluye el evangelio de Mateo. El evangelista no necesita ahora hacer desaparecer al Resucitado que se apareció a los discípulos. Porque sigue ahí, en su palabra, en sus preceptos y en la experiencia de la presencia de Dios entre aquellos que oyen y ponen en práctica esa palabra. Así será «hasta el fin del mundo», es decir, hasta la parusía del Hijo del hombre, insinuada por el evangelista en su última frase. Estamos al final de la «suma» del evangelio de Mateo que el Resucitado dejó a sus discípulos. El balance cristológico del evangelio es que el Resucitado y Exaltado no es otro que el Terreno, cuya historia ha contado Mateo: por medio de él, Dios está presente en su Iglesia. El balance eclesiológico consiste en que la Iglesia nunca puede ser otra cosa que discipulado, escuela de seguimiento de este mismo Jesús. Y el balance ético indica que el seguimiento es praxis, observancia de todos los preceptos de Jesús, de todos, porque Jesús guía a sus discípulos por el camino de la perfección, que culmina en el amor. Este triple balance de un único texto tiene su núcleo y fundamento en la cristología, porque es Cristo el soberano del mundo en el presente y el futuro, y a la vez el modelo de obediencia y el acompañante de su Iglesia, el que facilita este camino del discipulado. Estos tres balances, además, están interrelacionados y no se pueden disociar, porque solo hay testimonio en favor del Resucitado, según Mateo, a través de la propia praxis de seguimiento en la comunión de discípulos que es la Iglesia.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te comprometes el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?